

F 1336

V 43

V. 2



FONDO DE INTERIO
VALVERDE Y TELLEZ

INTRODUCCION

= A LA =

Historia Eclesiástica

Ignoro si entre los trabajos que alta prez han de dar en la república literaria, hayle que aventaje al de sacar á luz juiciosa, cabal y ordenadamente aun los menudos hechos de tantos y tantos eclesiásticos varones que hicieron brotar de una desnuda peña los raudales de nuestro ser político. Pero sé que hasta ahora, curando de enseñar el origen de la nacionalidad mejicana, tal y como se amoldó para siempre en la conquista española, hase dibujado en primer término á los aventureros que corrieron la tierra, descubrieron minas ó fundaron estancias, con cuyos adelantos vino la constitución del gobierno civil: sólo como auxiliares ó agrupados en el fondo del cuadro suele presentarse á los misioneros y á los curas y ministros de doctrina. Lo cual, aunque tenga su explicación en el principal intento de fijar las eras políticas, por que resalten las partes de valerosos caudillos y ricos hombres, mineros ó mercaderes de viso, que incrustaron su nombre en los fastos de nuestras antiguas poblaciones, contraviene á la ley de justicia dondequiera que á los frailes cupo la gloria en el

002970

descubrir y pacificar, con los afanes de congregar é instruir religiosamente no menos que en las artes civiles y domésticas á numerosas tribus salvajes.

Si se nos piden ejemplos, con ellos por los cuatro vientos nos brinda esta tierra potosina que primero que nadie pisaron los hijos de san Francisco y san Agustín. mucho antes de fundarse los presidios entre Querétaro y Zacatecas. Cuando la expedición de Juan Torres de Lagunas, se alzaba ya el monasterio de agustinianos en Jilitla (Xilitlan); y si al paso que se echaba el cimiento de los de franciscanos en Valles, Charcas y San Luis, hacían por ella frecuentes incursiones soldados que se desprendían de los fuertes en persecución de chichimecas desalmados, la luz de la predicación había ya alumbrado manidas ocultas á los conquistadores, y sublimes proezas de caridad izadas bajo la cogulla brillaban en cumbres para ellos inaccesibles.

Con tener influencia determinante la colonia otomí de San Luis de la Paz y las tlaxcaltecas del Venado, Mexquitic y Tlaxcalilla, así como el descubrimiento de las minas de Charcas y Cerro de San Pedro, por la comunión de indios pacíficos y ventajas inherentes al comercio; todavía reclaman lugar preeminente las doctrinas de los conventos y seminario jesuita de San Luis de la Paz: que dada la feroz condición de los guachichiles probada por sesenta años de guerra, échase de ver en tales institutos mejor que en aquellas circunstancias la fuerza reguladora del nuevo estado social.

De ahí que merezca propiamente llamarse historia eclesiástica y religiosa la primitiva de San Luis Potosí; pues fué obra de caridad evangélica la sumisión de los aborígenes, y personas eclesiásticas las que

además de establecerlos en policía y buenas costumbres, sembraron á todos rumbos la semilla de las letras y de la ciencia.

Ni hay, aparte de las crónicas conventuales, dónde se dé razón de aquellos memorables sucesos: el clero secular mismo, que colaboró con los frailes por la región de la Huasteca y á los principios de esta ciudad, en libro alguno se precia de haberse identificado con los primeros pobladores, al grado que sus vicisitudes las confundiese la historia.

Y cierto que habríamos de lamentarnos, si otros que frailes hubieran puesto mano en el referir las cosas de nuestra nación y gente. ¿Quién como ellos hablaría de su tiempo, sus trabajos y su obra? Suplir y aun aventajar las dotes por cada narración pedidas según los acaecimientos que circunscribe, hacedero es aunque no siempre ni para todos; mas ¿dónde invocar al espíritu que corriendo por la invisible contextura de los hechos, ha de colorarlos como en vida? . . . Tropezando aquí, cayendo allá, engolfándose en citas indigestas ó perdiéndose en un laberinto de digresiones, pasa el lector por las anticuadas crónicas á costa de mil fatigas. ¡Con cuánto placer sin embargo desde el colofón vuelve á ellas, y torna á respirar el suave deleitoso perfume que las amarillentas hojas exhalan!

A los oídos de esta generación llega el relato de fundación de monasterios y las proezas de sus hijos, cual á un peregrino el son lejano de las campanas de la aldea. Muchos con todo alcanzamos á ver siquiera en ruinas los claustros seculares. Aun hay quienes pudieron contemplar bajo la capilla de estameña rostros macilentos de áspera penitencia y diuturnos rezos imagen. Ni escasean los que retrocediendo hasta

sus verdes años, sienten clavado en su corazón el mirar de un religioso maestro, si como el deber austero, como la virtud amable.

Empero desde las escarpadas cimas de la elocuencia antigua y á través del prisma de hechos singulares en que solía el cronista detenerse, pocos han de concebir exactamente cómo fueron el campo de acción y el grueso de la falange á que pertenecieron los héroes. Justo es advertir asimismo que el amor de su Orden y sus hermanos movió en ocasiones al escritor á bautizar con la pompa de lo extraordinario y sobrehumano personas y cosas que apenas si excedían la talla común. Mas aunque fáciles y efímeros fuesen antaño cual ahora los entusiasmos, ya para aquilatar sus merecimientos no es menester acudir á las páginas de Torquemada ó de La Rea. Duerman en sus viejos estantes el Pérez de Ribas y el Grijalva; ténganse, por mucho que valgan, un Basalenque y un Arlegui; que ninguna relación ó razonamiento pueden cuanto los monumentos excelsos que tenemos delante: si basta el triunfo á llenar de gloria un ejército entero, al lustre de todos los miembros de las órdenes regulares basta la existencia de tantos pueblos como erigir supieron á la Verdad y al Bien.

El trabajo, pues, de numerar conventos, recorrer sus celdas, registrar nóminas, actas y patentes, ha de propender solamente á examinar la institución en sí misma, el vigor de su disciplina y las causas de su decadencia, tal como sabidos los resultados de una batalla, se pasa á inquirir la organización de las huestes y los preceptos del arte militar en circunstancias de lugar y tiempo. A dicha, ni están perdidos, ni andan escasos, como generalmente se cree, los

materiales. Si al tiempo que derribó los conventos, aventó la Reforma archivos y bibliotecas, así como no alcanzó á extraer las piedras de los cimientos, tampoco pudo desentrañar del cuerpo social lo que á las religiosas instituciones atañe, no digamos en las tradiciones de familia, pero ni en la propiedad, las artes, la literatura ó la ciencia. Ahondando un poco en cualquiera de estas materias, se da luego con importantes noticias, que siquiera no á llenar la inmensa laguna que dejaron las crónicas y que va dilatándose con los años, á persuadir servirá de que los obstáculos que se oponen, distan mucho de ser insuperables.

Ex Oriente lux. Averiguado está que por levante, desde remotos tiempos, arde para San Luis Potosí el sagrado fuego que en las agrias montañas de Jilitla prendieron los religiosos agustinianos.

Desde su junta en Méjico, de 1536, no bien dirigieron sus ojos á la llamada sierra alta, que corre de Metztitlan hacia el norte, y que habitaban tlaxcaltecas de lengua mejicana, decidieron enviar allá á los padres fray Juan Sevilla y fray Antonio de Roa.

Y ambos entraron luego, á la verdad como si fuesen espíritus. Lo mismo subían empinadas cuestas que bajaban á las cavernas, atados por los brazos á una maroma de indios pacíficos manejada. Dondequiera encontraron seres humanos esparcieron la palabra de Dios. Empero sin fruto. A la mudanza de religión dieron en atribuir aquellos serranos las calamidades que acaso sufrían entonces los morado-

res del llano: por lo que ocultándose en sus breñales ni oír querían á los abnegados religiosos, uno de los cuales, desanimado, determinó volver á España el año siguiente, pensando que tamaña victoria para otros era guardada.

Fué este el P. Roa. Mientras había embarcación que le llevara, refugióse al convento de Totolapa, donde por mero entretenimiento ó, mejor, impelido con el ejemplo de sus hermanos, trató de aprender la lengua mejicana. Súpola en breve muy bien; y cobrando con ella nuevo amor á los indios, abrasóse en deseos de tornar á la sierra, como afortunadamente lo hizo con la bendición de su prelado, después de la junta del año 38.

Desde una punta de la sierra que está en Metztilan hasta la que remata en Tlanchinol, por Tzitzicatzlan, Chapulhuacan y Xilitlan, que confinaban con chichimecas hacia la vertiente del oeste, y un poco también por la oriental que llaman de la Huasteca, durante un cuarto de siglo corrió diligente el apostólico zelo del P. Roa.

Dos medios le valieron, mejor dicho, uno solo, para convertir á gente tan montaraz y ruda. Nadie ignora que siempre en la Nueva España ha sido general el culto á la Santa Cruz. Fuera el monte hermoso ó escueto, empinado ó no, solían los naturales ponerla en él. Donde se partía un camino la erigían igualmente, y lo mismo en calles y plazas, por darle veneración á cada paso é inclinar la cabeza delante de ella. Pues con mayor razón creyó el P. Roa deber multiplicar la sagrada enseña en los vericuetos que tanto á primera vista le habían desalentado.

Pero no conforme con plantarla allí donde los indios adoraban á sus ídolos antaño, los enseñó á

honrarla con grande amor y penitencias inauditas. En saliendo de su convento para ir á predicar, hacía que le echaran al cuello una soga de que tiraban dos indios; y así, con el andar breve, los ojos bajos, en lágrimas y suspiros ardientes, iba meditando la pasión del Redentor hasta llegar adonde había una cruz. Apenas arrodillado ante ella, los indios que le acompañaban y que de su orden lo tenían sabido, le abofeteaban y escupían y le azotaban cruelmente. Lo cual se repetía tantas veces como cruces, que eran muchas, hallaba en su camino.

Con decir que esta práctica era constante y no más que principio de cada jornada, empezará á tenerse idea de los ejemplos que puso á los nuevos seguidores de Cristo. Pasma leer que llegado al pueblo predicaba y administraba los sacramentos, entretanto cerraba la noche para hacer una general disciplina, acabada la cual, salía de la iglesia, desnudo de la cintura arriba, con una soga al cuello, y descalzo, á recorrer el patio regado de brasas vivas. Aun se resiste creer que le alcanzaran las fuerzas para predicar, de regreso al templo, un sermón sobre las penas del infierno; y más, que después de todo eso, sufriera el agua hirviente que sobre el llagado cuerpo sus sayones le echaban.

Todavía, sin embargo, no se tiene concepto cabal de las mortificaciones que añadía á las hoy como entonces inseparables de región tan apartada y selvática, sino sabiendo que en la cuaresma, tres días por semana, acostumbraba regar con su sangre la ermita de Molango. Tenía en su oratorio pintada la Oración del Huerto; y allí después de prolijos rezos, llegaban los indios á golpearle á la par que le colmaban de injurias. Desnudábanle de la cintura arriba

y le quitaban violentamente un rallo que llevaba ceñido á las carnes; le ataban luego las manos; echábanle al cuello una soga; y en esta guisa le conducían á un segundo oratorio donde se hallaba pintada la Magdalena ungiendo los pies del Señor. En poniéndole allí delante de un indio que sentado en su tribunal representaba la justicia divina, le acusaban como hombre malo, ingrato, soberbio, engañador y falso. Nada respondía sobre esto á las preguntas del juez; si bien, pasado un rato, confesaba en alta voz sus pecados, ingratitud y defectos. Nada respondía tampoco á nueva acusación que con falsos testimonios le hacían; de la que, no obstante, se daba el juez por satisfecho, al ordenar que le azotaran desnudo, como lo cumplían porfiadamente hasta dejarle desollado el cuerpo, corriendo la sangre por el suelo. Encendían después ocote, con cuya hirviente resina le abrasaban desde los hombros hasta la planta del pie, y le cargaban, al último, una pesada cruz, que sacaba en procesión por un sendero de brasas alrededor del huerto.

A quien tales y tantas penitencias maravillen pide el maestro Grijalva, cuya narración seguimos,¹ que recuerde las referidas por san Jerónimo de los anacoretas de la Tebaida, con las que se leen en Nicéforo, Calixto, Lipomano y toda la historia eclesiástica, de que se dice son más para admirar que imitar.

A causa de su grande abstinencia, se le estragó el estómago al P. Roa por todos los días de su vida: ayunaba, con todo, á pan y agua durante la cuaresma. Solía dormir su breve sueño de rodillas ó senta-

¹ *Crónica de la orden de N. P. S. Agustín en las Prouincias de la Nueva España* (Méjico, 1624), edad II, caps. XX y XXI.

do en un rincón; debemos añadir que por la noche, pues jamás en el día le vieron sentarlo: ni ese ligero descanso quiso dar á su cuerpo los veinticinco años que duró en esta tierra.

Corroborando así su predicación con el áspero é incesante maltrato de su persona, probó conocer bien la condición de los naturales, gente ruda y vulgar, necesitada de pruebas visibles. Nos dió asimismo con qué responder, si necesario fuera, á los que quisieran hallar milagros en la conversión de estos indios. No es de admitir que se alterase vanamente el orden en la naturaleza establecido, cuando, según sus propias leyes, fuerza era creer en la palabra de unos predicadores que vivían como ángeles y morían como santos.

Milagro hubiera sido que no correspondiera la muerte al vivir del P. Roa. Hallábase doliente en Molango, donde á la sazón era prior, y quiso pasar á Méjico, no más que por ser enterrado en su principal convento. Llegado allí, los médicos le recetaron regale; mas déjase bien entender cuán imposible cosa sería para el austero religioso, que vigilante y purificado descansó por fin, el 14 de septiembre de 1563, adelantándose muy pocos días al P. Sevilla, con quien tan estrechos lazos en el trabajar le unieron. Ambos labraron el propio campo, el uno las sierras, el otro el llano. Por más de veinte años que fray Juan de Sevilla fué prior de Atotonilco, hasta ahí bajaba desde Molango el P. Roa, cuando quería tener una grande Pascua ó dar aliento al fatigado espíritu. Y era así que llegando á la portería, enviaba á llamar al P. Sevilla: se saludaban y durante un espacio que no llegó jamás á una hora, trataban del ministerio y de cosas espirituales; se confesaban después, y al punto se volvía fray Antonio. De tan cordiales y piás en-

trevistas fué recuerdo en la portería del convento de Atotonilco, un cuadro en que se mostraba á los dos amigos abrazándose, con esta significativa leyenda: *Hac est vera fraternitas.*

No menos digno de admiración y respeto deberá parecer el Noco, *paisano, amigo, compañero* de los indios, que le celebraban con ese nombre en sus bailes, cuando al igual que las proezas de sus mayores, en su lengua cantaban el amparo y favor que le debían. Es que consumanto solía cubrirlos ante el virrey y la audiencia y la majestad misma del emperador Carlos V, de quien se le creía deudo, quizás únicamente por la facilidad con que obtenía muchas cédulas en favor de sus protegidos. Amándolos y enseñándolos mereció bien, y gloria, no tanta empero como la que ganó en lucha consigo sobre el amor y el mundo.

Muy opulento y noble, don Nicolás de Vite ó Witt, iba á casarse con gentilísima doncella de Burgos. Seguido de cuanto más ilustre había en aquella ciudad, dirigíase ricamente engalanado adonde le esperaba la esposa. . . . Pero en vez de caer en brazos de la fortuna y de la dicha, corre torciendo calles al convento de agustinianos, donde se encierra y hasta su apellido cambia por el de *San Pablo* con que se vino á América en 1543.

Durante doce años, hasta 1565 en que murió, fray Nicolás, el *Noco*, visitando gran extensión de nuestro país, así del que habitaban los chichimecas como de la provincia huasteca, en todas partes mas principalmente en Metztitlan, la Sierra y la Ermita, dejó imborrable memoria de su grandísimo zelo y trabajo por la conversión de los indios.¹

¹ Carta de Fr. Nicolás de Witt de la orden de San Agustín, fecha 27 de agosto de 1554, apud. TERNAUX, tomo 16.
CHILJANVA. Op. cit., edad II, caps. IX y X.

A su lado figura fray Juan Estacio, grave teólogo y predicador insigne, que lejos de lucir sus talentos en catedrales y universidades, por acrecerlos obscuramente fué al humilde priorato de Pánuco (1540), no como el que obedece una orden sino como quien cumple un deseo. Prueba, que elegido provincial en el capítulo de 1545, además de consagrar sus esmeros á la iglesia y convento de Huejutla (Huexutla), en predicar por toda la Huasteca y administrarla personalmente ocupó el tiempo libre de su visita, y aun acabado su trienio tornó á ella, si bien hubo á poco de abandonarla por siempre.

A otros agustinianos cupo la iⁿgratísima tarea de resistir los asaltos de chichimecas en Ttitzicaztlan, Chapulhuacan y Xilitlan.

El convento de Nuestra Señora de Monserrate, llamado así por la semejanza del sitio con el de España, había estado de visita desde el año 39, que se fundó el convento de Metztitlan, y se tomó en el capítulo de 57 con el nombre de la Ermita de Ttitzicaztlan. Dos veces intentaron los chichimecas destruir pueblo y convento; pero en ambas fueron valerosamente resistidos por el P. Juan de Sarabia, la primera con sólo demostraciones y presencia de ánimo, la segunda con auxilio de dos españoles que se habían recogido allí á celebrar la Semana Santa. Escarmentados los indios del poco fruto que podían prometerse en el pueblo de la cabecera, debido á los reparos que les ofrecían el convento y el valor del fraile, en la segunda vez asaltaron una visita. Al punto que lo supo el Prior salió con los dos españoles, y acometieron á los chichimecas tan briosamente, que haciéndolos volver la espalda, los forzaron á soltar la presa de más de cien personas, que ya tenían.

Dos años después (1591), á manos de tan feroces enemigos murió en una visita de Chapulhuacan el P. Juan de la Peña, que, por ser cuaresma, se hallaba ahí confesando. Cuando le cogieron, le desnudaron de todos sus vestidos; fingiendo después que le dejaban ir, le tiraron á un tiempo más de treinta flechas con que cayó de rodillas y dió su espíritu á Dios. Robaron en seguida la iglesia, y volviendo sobre Chapulhuacan, lo cercaron para entrar á saco y quemarlo; mas el Prior con sólo un seglar que acaso le acompañaba, defendió valerosamente su vida y su convento.

Menos afortunado había sido el monasterio de Xilitlan, frontero de chichimecas y término por ese rumbo de la entrada de nuestros frailes. Desde 1554 habían tenido á su cargo la doctrina de ese pueblo los religiosos de Metztitlan, hasta que vistos las inconvenientes de la distancia y la necesidad allí de ministros, aunque con harto riesgo de su vida fundaron el convento en 1557. Pasados treinta años pretendieron los chichimecas destruirlo, entrando al claustro bajo, robando la sacristía y quemando lo que no era de bóveda, que era una buena parte. Si los religiosos lograron salvar su vida, fué porque defendieron la entrada del claustro alto, ayudados de algunos indios que ahí se habían refugiado. Mas al fin completaron los asaltantes en nueva ocasión su obra: luego de haberlo cercado entraron á robar los ornamentos y la plata y hacer pedazos todas las imágenes; después le pegaron fuego, sin dejar cosa que no destruyesen, aunque por favor de Dios que permitió el huir, á nadie quitaron la vida.

Y sin embargo está en pie. Reedificado seguramente, apenas se le advierten ahora más que las hue-

llas del tiempo inexorable. Al cruzar por su hermoso patio ó subiendo por su amplia y cómoda escalera ó recorriendo su claustro alto, muy injuriado á pesar de piadosas restauraciones, échase de ver cuánto difiere la presente edad simbolizada en los edificios que á su derredor se agrupan, de la hazañosa que erigirle supo: vuela sin querer la mente hasta los remotos días de fray Juan de la Peña y fray Antonio de Roa, á quienes, representados por los gruesos muros testigos de su padecer solitario é imponderable, admira aún sosteniendo en sus férreas manos enhiesta la bandera de Cristo, para que á su sombra se guarezcan nuevos milites religiosos; y piensa cuán amorosamente el águila de Hipona habrá desde la excelsa cumbre de contemplar á éstos, siquiera no vistan su cogulla, cuando en pos de almas descendan á los floridos barrancos ó suben las escarpadas cuevas de una serranía tanto más hermosa cuanto más allegada al cielo.

II

Conforme al relato de Betancurt, la Custodia franciscana del Salvador de Tampico data de los principios de la fundación de la Provincia, el año de 530. Mas por este guarismo se palpa la inexactitud de la noticia, pues la Provincia se fundó en 1533.¹

¹ Podría suponerse que se habla de la provincia civil de Pánuco, si su descubrimiento y conquista no fueran de tiempo tan remoto como las expediciones de Grijalva y Hernán Cortés.

Se trata de la provincia religiosa del Santo Evangelio ó sea la de Méjico. *Teatro Mejicano* (Méjico, 1871), tomo III, trat. III, cap. I.

Siguiendo dicho autor por punto general á Torquemada, creíble es que alteró las palabras de éste, en cuya obra lo que se lee es que los frailes de san Francisco entraron en la Huasteca, á que perteneció la Custodia de franciscanos de Tampico, *luego á los principios de la conversión de estas gentes.*

No fué ciertamente en época lejana. Correspondiendo, según el mismo Torquemada, á fray Andrés de Olmos el título de *primer apóstol*, imposible es colocar el suceso más allá de 1539; porque entonces pasó fray Andrés á Guatemala acompañando al P. Motolinía, y después acá fué cuando los franciscos entraron por el poniente y norte de Méjico y las provincias de Michoacán, Jalisco y la Huasteca.¹

Hay, además, otro dato preciso, constante en la *Monarquía Indiana*, y es que hacia 1609 tenía de fundada la Custodia de Tampico sobre cuarenta años: de donde sacamos haberlo sido por 1569.² Lo cual se concuerda con otra noticia del mismo libro, pertinente al fin del P. Olmos, quien predicando por la tierra de Pánuco y Tampico, murió el 8 de octubre de 1571, de más de ochenta años, "y casi en estos últimos andaba por aquellos lugares."³

Lo primero en que fray Andrés puso mano, luego que partió de la sierra de Túxpam, adonde pasó directamente de Méjico, fué la reducción de los indios bravos que confinaban con la Florida, trayéndolos á

1 Lib. XIX, cap. XIX y lib. XX cap. LVIII de la *Monarquía Indiana* (Madrid, 1723).

MENDIETA. *Historia Eclesiástica Indiana* (Méjico, 1870), lib. IV, caps. VII y XI.

2 El libro XIX fué escrito en 1609, como se ve por el capítulo XVIII en que leemos: "En este año de 1609 están congregados...."

3 Lib. XX, cap. XXXIX.

poblar al pie de unas serranías de chichimecas, en el sitio que se llamó Tamaulipas (*tama* pueblo y *olipa* de los olivas, esto último por ser los indios de donde se crían olivas)¹ Guárdase memoria de sus enfermedades y los grandes trabajos de la empresa en cartas suyas, que leyó Torquemada. De la cosecha que hizo después, aun ignorando si fueron muchos ó pocos los años que duró en la Huasteca² y entre los bárbaros chichimecas que iban á oírle desde cuarenta leguas la tierra adentro, bástanos saber que *la Cruz adelante*, como decía á cada paso, logró fundar hasta siete conventos, en Tampico y otras partes, con los que se erigió la Custodia del Salvador.

Por haberse hecho nuevas entradas y enviado ministros á las gentes recién sometidas, en la primera década del siglo XVII, llegaron dichos conventos á doce, que numera así Betancurt: *Villa de los Valles*, Tampico, Ozolama, Tamaulipas, *Tamui*, *Tanquayalab*, *Tampazquín*, Talnacú, Guayabos, *Tamitas*, *Tamapachi* ó Tamaquichu y *Huehuetlán*.³ Descartando el pueblo de Tamitas ó Calpoleo (barrio ó congregación de casas), fundado en 1647 por fray Diego Franco y doctrinado después por fray Francisco Montero, que murió en el incendio de la iglesia, no es temeridad afirmar que los demás son anteriores á 1609 y que la mayor antigüedad á *Villa de los Valles* corresponde.

Existía, al menos, en 1569 cuando mediante una

1 BETANCURT, op. cit., trat. III., cap. II.

2 Es motivo de dudar, no obstante lo asentado, que en el libro XV, cap. XIX, dice el autor citado que el santo varón fray Andrés anduvo muchos años por aquella tierra.

3 Subrayo los nombres de lugar pertenecientes al Estado de San Luis Potosí.